

# PAGINA DOMINICAL

## Fiestas de la semana

### OCTUBRE

27 Domingo: Ss. Vicente, Sabina y Florente.

28 Lunes: Ss. Apóstoles Simón y Judas Tadeo.

29 Martes: Ss. Narciso, Donato y Eusebio.

30 Miércoles: Ss. Alonso Rodríguez y Claudio.

31 Jueves: Ss. Siricio P. Nemesio y Lucila.

### NOVIEMBRE

1 Viernes: FIESTA de todos los santos. Primer Viernes.

2 Sábado: Conmemoración de todos los fieles difuntos.

3 Domingo: Ss. Martín de Porras, Hermengaudio, Valentín, Hilario, Germán y Teófilo.

☾ Luna nueva a las 4 h. 1 m. 24 s. p. m.

## Epístola del Domingo

Domingo XXIII después de Pentecostés  
Epíst. a los Filip. 17 a 21 y 1 a 3

¡Oh hermanos! sed imitadores míos, y poned los ojos en aquellos que proceden conforme al deseado nuestro que tenéis.

Porque muchos andan *por ahí*, como os decía repetidas veces (y aun ahora lo digo con lágrimas), *que se portan como enemigos de la Cruz de Cristo*.

El paradero de los cuales es la perdición, cuyo Dios es el vientre, y que hacen gala de lo que es su desdoro y confusión, aferrados a las cosas terrenas.

Pero nosotros vivimos *ya* como ciudadanos del cielo, de donde asimismo estamos aguardando al Sal-

tejanas moles de la Cordillera Oriental. El contraste de esa masa de cerros montañosos, que en escalones ascendentes trepan casi hasta la región de las nieves perpetuas, con esa llanura sin fin igual, inaccidentada, llena de vida vegetal y respirando un calor intertropical, es imponente en toda la extensión de la palabra.

“A nuestros pies, y muchos metros de profundidad, una ancha zona de selvas, que corre paralela a la base de la cordillera. Más allá las extensas sabanas de Apiay y de Yacuana al Oriente; las de la Quebrada, al Sur, y las de Presentado y Cumaral, al Norte, y más allá las azules colinas de Medina, que avanzan sobre la llanura, desenvolviendo con gracia y como con abandono sus últimos pliegues.

“En un radio de treinta leguas en contorno, que reducíamos con un binóculo de que íbamos provis-

vador Jesucristo Señor nuestro,

El cual transformará nuestro vil cuerpo, y lo hará conforme al suyo glorioso, con la misma virtud eficaz con que puede también sujetar a su imperio todas las cosas y hacer cuanto quiera de ellas.

Por tanto, hermanos míos carísimos y amabilísimos, *que sois mi gozo y mi corona*, perseverad así firmes en el Señor queridos míos.

Yo ruego a Evodia, y suplico a Sintique, que tengan unos mismos sentimientos en el Señor.

También te pido a ti *oh fiel compañero!* que asistas a esas que conmigo han trabajado por el evangelio con Clemente y los demás coadjutores míos cuyos nombres están en el libro de la vida.

## REFLEXIONES

Los motivos que nos impelen a combatir por Cristo

El primero de todos los motivos es considerar cuántas son las personas desgraciadas que viven en este mundo como engolfadas y completamente embebidas en los deleites de los sentidos corporales, en las vanidades del siglo y en los cuidados de una vida totalmente material y terrena, sin acordarse que todo esto desaparece como el humo, y que su fin ha de ser la perdición!

Por el contrario, ¿quién no se anima a combatir las pasiones y a imitar a Jesucristo mortificándose por su amor, sabiendo, por la Epístola de este día, que *nuestro divino Salvador reformará nuestro cuerpo abatido, haciéndolo semejante al suyo glorioso*? El premio alienta al trabajo; y qué premio mayor que ser coronado eternamente de gloria en el cielo!

“¿Cómo!”—Exclama San Juan Crisóstomo comentando las palabras dichas.—“Con que este cuerpo mortal, este cuerpo pasible de que estoy revestido, será semejante al de Jesucristo, a aquel cuerpo glorioso que está sentado a la diestra de Dios Padre! Será semejante a aquel cuerpo que es adorado por los ángeles, a aquel cuerpo ante el cual las virtudes celestiales se glorían de estar siempre presentes, a aquel cuerpo que está elevado sobre los principados

tos, sabanas, y ríos, y selvas, todo en una superficie horizontal, en cualquier sentido que se dirigiera la vista, al Norte, al Oriente, o al Sur. Al Oriente, no visto, sino adivinado por su posición en las cartas geográficas, el Humadea, que corre paralelo a las cordilleras, recibiendo como tributos que ésta le envía el Pajure, el Chichimene, el Guayuriba, el río Negro, el Guatiquia, el Upín, el Caney, el Guacavía, el Humea, y el Canby, y mil y mil grandes quebradas, que allí se llaman caños, aumentando con esas corrientes su voluminoso caudal de aguas, para tomar luego, desde Cabuyaro, el nombre de Meta; y enriquecido, en seguida, con los multiplicados tributarios que le envía el Territorio de Casanare, y con los muchos caños que le entran por su ribera derecha, entra al fin, como en triunfo, al Orinoco, con una profundidad de sesenta pies y con una latitud de

y potestades!”

Tal es, el glorioso destino de los que ahora en este mundo combaten bajo las banderas de Jesucristo. Es verdad que tienen que sufrir y violentarse en esta vida; es verdad que tienen que moderar con la mortificación los deseos de la concupiscencia, con el ejercicio de la humildad el apetito de honores, y con la limitación de las haciendas los desórdenes de la codicia; es verdad que tienen que practicar todas las virtudes contrarias a estos vicios... pero también lo es que el divino Capitán, Jesucristo, marcha delante de ellos y los anima, y los sostiene, y los consuela, prometiéndoles la victoria, la corona y la gloria. ¿Quién no se anima, carísimos hermanos?

Por tanto, pues, dice el Apóstol en nuestra Epístola: “*Continuad, carísimos y amadísimos hermanos míos, que sois mi gozo y mi corona, continuad firmemente unidos al Señor*”; continuad por el camino del bien; sois mis hermanos “*descalificados*” y yo no tengo otros deseos, ni otro anhelo que veros estar y permanecer en la gracia y en la gloria de Jesucristo; continuad, porque *sois mi gozo y mi corona*, y cuando todos nos presentemos ante el divino Juez de vivos y muertos, vosotros recibiréis gloria y yo regocijo grande.

Allí—dice San Gregorio el Magno—se verá a San Pedro a la cabeza de toda la Iudá, que él convirtió; allí comparecerá San Pablo, con el número sin número de almas que él ganó para el Evangelio; allí San Andrés presentará ante el Soberano Juez la Acaya; San Juan, el Asia; Santo Tomás las Indias; allí comparecerán todos los pastores del rebaño de Jesucristo con sus respectivas ovejas, y allí también me presentará yo, seguido de todos vosotros, y confiado en la misericordia divina, dire al justo Juez: “*Señor, red aquí los fieles que me habías confiado; ni uno solo se ha perdido. Estos son mi gozo y mi corona.*”

Pero, ¿cómo podré yo tener gozo si alguno de vosotros se pierde? ¿Qué mayor pena para un pastor que ver alguna de sus ovejas descarriadas o devorada por el lobo? Por lo mismo, yo os ruego encarecidamente, con el Apóstol, *que permanecáis siempre firmes en el Señor*. Resistid fuertemente al ejemplo de los malos, y a sus instancias y caricias; no olvidéis que son agentes de Satanás y que vosotros sois hijos de Dios muy amados.

Ellos, por su desgracia, son enemigos de la Cruz de Cristo, y su fin será la perdición; nosotros, llevando siempre más de mil toesas.

“Esa extensísima llanura, de la cual era mínima parte el semicírculo de treinta leguas de radio que dominábamos con la vista, ostentaba a lo lejos sus alternadas zonas de sabana y de selva, cruzadas unas y otras por el río Negro, el Guatiquia, el Ocoá, el Caney y el Guacavía.”

Villavicencio, situado al pie de la Cordillera Oriental, en la entrada de

los Llanos, y a poca distancia del Guatiquia, río de bastante caudal, tiene, según el censo de 1881, 3,345 habitantes, y en 1871 tenía 625. Su altura sobre el nivel del mar es de 400 metros; temperatura, 26°, y dista de Bogotá unos 11 millámetros.

La cabecera es una población pajiza en su totalidad, de aspecto no desagradable, compuesta de 15 manzanas, 130 casas, que no tienen los solares cercados; 11 calles y una plaza circuida de árboles frutales y con el obligado caucho en la mi-